Firmas ▸ NADAL SUAU

« Durante la última década se produjeron dos milagros en Alicante, ambos en forma de librerías separadas por unos centenares de metros en pleno centro»

Historia de dos librerías en una ciudad

Algo conozco la ciudad española de Alicante, mediterránea, luminosa. Una sociedad demasiado huérfana de tejido cultural, si he de creer el testimonio de las amistades que tengo allí y también a mi propia percepción siempre que la he visitado. No es algo raro, lo que ocurre en Alicante, reconozco las mismas pautas en otros lugares tomados por el turismo: abundan las individualidades curiosas, inquietas o creativas, y, sin embargo, cuesta que cuajen las complicidades que podrían dar lugar a iniciativas, espacios, dinámicas, todas esas palabras quizá en exceso solemnes que, en definitiva, significan dos cosas sencillas: construir una comunidad entre afines y que esa comunidad influya al resto de su entorno.

Durante la última década se produjeron dos milagros en Alicante, ambos en forma de librerías separadas por unos centenares de metros en pleno centro: Pynchon & Co. apareció en representación de una nueva forma de entender este tipo de negocio: bar, una agenda amplísima y la voluntad de acoger al visitante y no solo vender. Unos años después, la veterana 80 Mundos estaba a punto de cerrar cuando la tomaron al asalto dos jóvenes poetas, Carmen Juan y Sara Trigueros, que la revitalizaron para convertirla en punto de encuentro obligado.

Dos librerías espléndidas que han puesto Alicante en el circuito literario cuando no lo estaba. Yo viví muy de cerca el arranque de Pynchon & Co., de la mano de un Manuel Asín impulsado por una voluntad férrea de contribuir a la vida de la ciudad. Fueron emocionantes esos días, como debió serlo el momento en que la nueva 80 Mundos tomó forma.

Y, de pronto, una pésima noticia ha precipitado otros dos milagros alicantinos en tiempo récord. Todo empezó con una empresa madrileña que adquirió un edificio de Alicante para reconvertirlo en alquileres turísticos, cuyos bajos ocupa 80 Mundos, que enseguida recibió la orden de abandonar el local porque su presencia disminuía la rentabilidad de la inversión. A menudo sabemos que algo es cierto, por ejemplo, que la gentrificación y la turistificación destruyen las ciudades, pero necesitamos que la realidad nos lo haga vivir en carne propia para recordarlo, y eso les tocó padecer a los clientes-amigos de 80 Mundos, echados a patadas de pronto. Aunque sería igual de grave si el pequeño negocio boicoteado hubiese sido una peluquería, siempre y cuando esa peluquería también contribuyese a crear barrio y vínculos, el caso es que las librerías no se tocan, no deberían tocarse, no queremos que las toquen.

Y el primer milagro fue que más de mil personas se manifestaron por la supervivencia de 80 Mundos, transubstanciada en símbolo de una ciudad habitable, y el segundo, que Pynchon & Co. y Ochenta Mundos, rivales hasta entonces, han decidido fusionarse. Frente a las grandes corporaciones y superficies, Internet y Jeff Bezos, contra la idea frívola de que un libro es un complemento de moda ahora que las *celebrities* los están convirtiendo en los nuevos bolsos, un puñado de personas con una vocación real se han juntado para seguir acogiendo a los lectores.

¿Y en qué consiste la vocación de librero, de librera? Lo dijo Pablo Cerezo, de la madrileña Pérgamo: en creer, no que todas las respuestas están en los libros, pero sí que leer y luego conversar sobre lo que leemos nos acercará a ellas

Firmas ▸ RAQUEL BADA

« Una narrativa que apela e interesa escritoras de hoy explorando este tipo de amores inestables, huidizos y difíciles de nombrar»

Este amor que yo me he inventado

El tiempo en el que se desarrolla el deseo, dice Anne Carson, solo lo comprenden los amantes. ¿Qué pasa cuando nos sobreviene ese primer rapto, confuso, sin forma? Una persona irrumpe —o la hacemos irrumpir— y sin darnos cuenta: el arrojo. Sobre eso trata *El Accidente* de Blanca Lacasa, una historia que pulsa pausa a ese concreto instante donde todo parece arrollarte. La novela tiene un ritmo fragmentado, veloz, eléctrico. Una escritura que reproduce el funcionamiento del enamoramiento: cinematográfica, obsesiva, entrecortada, llena de preguntas. No leemos una historia de amor con punto y final, atestiguamos una especie de radiografía del arrebato amoroso. Ese momento tan adictivo como tortuoso y enajenante sobre el que ya se embarró Annie Ernaux en su reveladora *Pura Pasión*. Una narrativa que apela e interesa: escritoras de hoy explorando este tipo de amores inestables, huidizos y difíciles de nombrar. La ausencia de contexto y detalles en la historia ayuda a retratar uno de los síntomas actuales: lo difícil que nos resulta poner nombre a las cosas. La autora decide alejarse de lo concreto. No sabemos mucho de los protagonistas, «Ella» y «Él»; ni sus edades exactas, ni a qué se dedican, ni qué tipo de vida llevan. Son contornos más que personas. Describía Barthes que el enamorado vive en una especie de desrealidad. Sufre una especie de anonadamiento —«me abismo», lo llamaba él—. Lacasa lo cuenta así: sus protagonistas entran en un cuarto propio que no es el de Virginia Woolf, sino uno imaginario que solo existe para proyectar y construir el deseo hacia el otro. Amueblarlo con ese *todo eso que haremos cuando estemos juntos.* Inquieta como cada *red flag*, cada pequeña alerta, se ignora. Como pasa cuando estamos deslumbradas —ese emoji que no convence, las horas que pasan o la frase ambigua— y, sobre todo, el silencio emocional actual que solo se rompe con sacacorchos. Uno se *abisma,* te exilias de ti y es la vida real la que incordia. Estas son las pequeñas explosiones que encuentro en la narración. Este no es un relato sobre el para siempre. Es una novela breve sobre el momento en que todo se abre, del deseo con todos sus recovecos. Simone Weil ya lo vio cristalino: el amor tiene hambre de realidad. Y aun así, ¿cómo no imaginar? Seguramente, como ya apuntó Joan Didion, nos contamos (y alimentamos) estas historias (amorosas) para poder vivir